

—Ni yo, agregó el esposo. Hasta ahora, no he visto que nadie se la saque; conozco muchas pobres gentes que se han sacrificado toda su vida por comprar estos malditos billetes...

—Sea todo por el amor de Dios, concluyó la esposa con resignación y doblando nuevamente el papel y guardándolo en la faltriquera. ¡Reloj y dinero perdidos!

V

Comían Blas y Genoveva cuando se abrió la puerta con estrépito y entró Damiana. Ni siquiera se le ocurrió saludar. Fuese en derechura al joven y le dijo:

—¿Por qué haces esas cosas con mi padre?

—¿Qué cosas? preguntó azorado el pobre hombre.

—Estas, continuó la harpía blandiendo en la mano el otro billete.

—¿Esas? insistió Carranza sin saber lo que decía.

—¡Sí! ¡éstas! ¡éstas!, gritó la solterona dando casi con el papel en las narices al interpelado. Parece que no quiebras un plato, riegas macetas, no trabajas, pero sabes abusar de las personas respetables.

—¿Por qué no hablas claro? intervino

Genoveva con indignación. ¿Qué derecho tienes para tratar así a mi marido?

—El derecho que me da la defensa de mi padre... de tu padre, insistió, dirigiéndose con reproche a su hermana, mal que te pese.

—D. Ignacio no necesita que nadie le defienda, objetó Carranza. ¿De qué se queja? ¿no ha hecho de mí lo que ha querido? ¿no me ha obligado a empeñar mi reloj?

—Y ha hecho muy bien; tú mismo deberías haberlo empeñado desde hace años. Y te has vengado lindamente de ese favor que te hizo.

—¿De qué manera? preguntó asombrado el joven.

—Tomando para tí el billete de mejor número.

—¡Mentira! repuso Blas exasperado: me dio el que quiso. El fue quien escogió el suyo.

—Suponiendo, replicó la solterona. Aceptaste sin chistar ese acto de desprendimiento, y metiste el buen día en casa tomando el que te ofrecía...

—No hice más que obedecer.

—Anda, mosquita muerta; engaña a quien quieras, a esa simple (y apuntó a Genoveva,) pero conmigo no juegas.

—En fin, saltó Genoveva irritada. ¡A

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo. en

EGOT.

na, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

qué has venido aquí? ¿a insultarnos? ¿quieres?

—Lo que quiero es que este Juan de buena alma me devuelva el billete que tiene, y se quede con este que traigo. El número 777 es pésimo, porque tiene tres siete, y siete son los pecados capitales.

—De suerte, protestó Genoveva, que pretendes darnos lo peor.

—Lo que quiero es deshacer la picardía.

—Hacerla, dirás, objetó Genoveva.

—Como te parezca, replicó enfadada la solterona; el caso es que me den el otro número.

—¿Y si no te lo damos?

—Nos oirán los sordos.

—Que nos oigan.

—Vamos, Blas, gritó Damiana con imperio, dame el otro billete.

—Hija, murmuró Carranza dirigiéndose a su esposa, dáselo, vale más.

Era tan sumisa Genoveva, que pronto lo sacó del bolsillo; pero irritada por la injusticia, se quedó con él en la mano, y repuso:

—No, ¿por qué hemos de permitir que jueguen así con nosotros? ¿porque somos pobres?

—¡A ver, acá el billete! ordenó Damiana.

—¡No señor!

—¡Sí señor!

—¡Ni ahora ni nunca!

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

Mas de pronto, y antes de que Genoveva pudiera impedirlo, Damiana por medio de un movimiento rápido, arrebató a Genoveva el billete que en la mano tenía, y dejando caer en el suelo el 777, echó a correr a su habitación. Genoveva la siguió con igual rapidez; pero no logró detenerla antes que entrase en su vivienda.

Perpleja se paró ante la cerrada puerta.

Por más disgustada que estuviese, reflexionó al instante lo que pudiese suceder si D. Ignacio llegaba a intervenir en la diferencia: gritos, vociferaciones, tal vez bastonazos, y la policía, y el escándalo. Así que se limitó a gritar por la cerradura:

—Eres mala e injusta, Damiana: no tienes piedad de nosotros; pero Dios nos juzgue.

Y llorosa volvió a su vivienda. Al entrar, recogió el número 777 que se había quedado en el suelo, refirió colérica a su marido lo que había sucedido.

Blas se indignó de pronto y dijo que

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

aquello no podía ni debía quedar así; pero poco se calmó y procuró tranquilizar a Genoveva diciéndole:

—No tengas cuidado, no te aflijas, al cabo no ha de resultar premiado ninguno de los dos números.

VI

El siguiente día por la tarde, ocupábase Carranza en trasladar como mejor le era dable la tierra y las plantas de sus antiguos tiestos a ollas y cazuelas de barro que había tomado de la cocina, cuando fue interrumpido en su faena por Genoveva.

—¿Y el billete de lotería? le dijo.

—¿Qué tiene? repuso Blas con indiferencia.

—Es tiempo de cotejarlo. Ayer se hizo el sorteo y deben estar ya impresas las listas.

—Es inútil, hija, no nos sacamos nada.

—Pero ya que nos la ha dejado Damiana, es preciso cotejarlo. Puede ser que Dios la castigue, y que resulte premiado el número que ella no quiso.

—¡Hum! dijo Blas con incredulidad. Pues encárgate de eso; estoy muy ocupado.

—Bueno; el estanquillo no está lejos, y la lista debe hallarse pendiente a la puerta, servirá de darle los buenos días a Con-

chita, a quien hace años y felices siglos que no veo.

Blas no acabó de oír lo que decía su esposa, porque andaba ya absorto en apun- talar con una vara el tallo quebrado de una planta.

Genoveva se echó encima el manto, y sin verse siquiera al espejo, como hubiera sido natural, dadas su juventud y su hermosura, salió dejando a Lucianito entretenido en destrozar unas estampas.

Al abrir la puerta, notó que Damiana llegaba en aquellos momentos de la calle con sombrero de plumas, guantes, sombrilla y todo el equipo de los días terribles, y que entraba de rondón en su vivienda cerrando la puerta con estrépito. Dejó pasar unos momentos, y se deslizó por los andenes calladamente y como a hurtadillas.

A distancia vislumbró la lista pendiente a la puerta del estanquillo, impresa en papel duplo y con caracteres gruesos como es de estilo en los sorteos rumbosos.

—Dios mío, pensó en su interior con humildad, haz que hayamos acertado un premio de cincuenta pesos.

¡No te pido más que cincuenta! Bien sabes que estamos muy necesitados, y que este auxilio extraordinario nos haría muy

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo en

RGOT.

na, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

felices. En realidad, Señor, no serían más que treinta, porque costó veinte el billete.

En el fondo de su corazón abrigaba tímida e inconfesa la esperanza del buen suceso.

Antes de llegar, tuvo tiempo para hacer castillos en el aire. En primer lugar, si Dios la oía, desempeñaría el reloj de Carranza, compraría después dos vestidos de lana para Lucianito, un gorro, unas chinelas, dos pares de medias; y finalmente, respondería el calzado de su esposo y algunas macetas con plantas de las que había destruido D. Ignacio. No se le llegó a ocurrir comprar algo para sí misma, a pesar de estar necesitada de todo. Así llegó a su destino absorta en su humilde monólogo.

—Buenas tardes, Conchita, dijo acercándose al mostrador y tendiendo la mano con la dueña del comercio.

—Buenas tardes, Geno, contestó ésta recibiendo y acariciando con sus manos marchitas la blanca, mórbida y suavísima que se le ofrecía.

Conchita era una anciana de cabellos blancos, viuda de un capitán santanista, alegre, parlanchín y muy aseada. Habíala dejado pobre su esposo y se ganaba la vida vendiendo cigarros, cerillas, timbres de todas clases y billetes de lotería en un lo-

cal tan reducido, que no tenía más anchura ni elevación que la de la puerta. Era amable por carácter, pero curiosa y palabarrera como pocas. Genoveva la conocía bien e iba prevenida para todo.

—¿Por dónde salió el sol ahora? **interrogó** la anciana.

—¿Por qué lo dice Ud. Conchita? ... repuso la joven mostrando al reír la blanca y fina dentadura.

—Porque se deja Ud. ver, Geno. **Hace** mucho tiempo que no **aportaba** Ud. por acá.

—Lucianito no me deja poner los pies en la calle.

—Y además, la situación ¿no? **Sé** que D. Blas no gana nada.

—No, Conchita, repuso la joven con aplomo; en verdad que no estamos tan mal. Ultimamente hemos tenido nuestros venturoncitos, bendito sea Dios; aun pensamos dejar la casa donde vivimos; no lo hemos hecho por no separarnos de mi padre.

—La gente, niña, la gente que inventa. Que sea para muchos años y que Uds. prosperen.

—Dios se lo pague, Conchita. **Ahora** he venido a consultar la lista de los cien

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

mil. Hicimos la calaverada de gastar veinte pesos en un billete.

—Allí la tiene Ud. a su derecha, Geno, acaban de traerla.

Al volver el rostro la joven, cayeron al acaso sus ojos en el centro del papel, y allí, con caracteres enormes en un gran espacio adornado con plecas radiales como rayos de sol, vio el número premiado con el premio mayor.

3,312

La emoción fue profunda. Le zumbaron los oídos, la sangre se le agolpó al corazón y estuvo a punto de caer.

¡El billete de Blas, el de ellos, el que Damiana se había llevado por la fuerza, ese se había sacado el premio de los cien mil pesos!

Blas, ella y Lucianito habían tenido la dicha en la mano, y les había sido robada. Su miseria, la negra miseria sin esperanza, le pareció ahora más horrible que nunca.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Conchita azorada. ¡Geno! ¡Geno! ¿qué le pasa?

Y por encima del mostrador procuró auxiliarla.

—No es nada, contestó Genoveva procurando serenarse; es que me ha emocionado ver que he tenido en mis manos el

3,312 y que si lo hubiese conservado, hubiéramos salido de pobres.

—Lo que no toca, mi alma, lo que no toca; pero ¡quién quita y otra vez!... ¡Ya cotejó Ud. su billete?

—Todavía no, Conchita, la emoción me había hecho olvidarlo.

—A ver, démelo, Geno, yo se lo cotejaré... 777... A ver los setecientos: 710... 725... 776... Por poco se saca Ud. diez pesos. ¡Por un número no les acertó Ud. Vamos a ver las aproximaciones... No, no hay nada... ¡Mire Ud. qué lástima, Geno, lo siento mucho!

Y diciendo esto, devolvió Conchita a su interlocutora el delgado, transparente e inútil papel. Genoveva lo cogió sin miramiento y maquinalmente se lo echó ajado en el bolsillo disponiéndose a salir.

Conchita, dolida de su desconsuelo, la detuvo un momento.

—Es verdad que Ud. no se ha sacado nada; pero, en cambio, voy a darle una buena noticia.

—¡Cual? preguntó Genoveva sabiendo apenas lo que decía.

—Que doña Damianita, la hermana de Ud. acertó un buen premio.

—¡Sí? interrogó otra vez la joven bajo el amago de un nuevo vértigo.

!

IAS,

ES.

el desarro-
el hombre
e todo. en

ERGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

—Sí, continuó la estanquillera juzgando que la emoción de la joven era producida por el júbilo; pero tenga Ud. calma. ¿Por qué está Ud. tan nerviosa, niña? ¿Ha recibido noticias de Francia de que venga en camino otra criatura?

Genoveva hizo con la cabeza una señal negativa.

—Pues es extraño, objetó Conchita, porque está Ud. muy asustadiza, y cualquiera diría... Pero en fin, el caso es que doña Damianita acaba de irse con un gustazo de primer orden... No sé cuánto se sacaría, porque no me enseñó el billete, ni siquiera lo traía en la mano. ¿Es muy desconfiada! Se había aprendido el número de memoria para que nadie lo viese... Pero seguro fue muy regular el premio que se sacó, porque al ver la lista se le subió a la cara toda la sangre y le brillaron los ojos... Por más que quiso disimular la alegría, no pudo... Cuando le pedí albrietas, pretendió negarme su buena suerte; al fin tuvo que confesarme la verdad. Me dijo que se había sacado quinientos pesos. ¿Verdad? El uno por ciento, a ser cierto lo que dice... ya ve, Ud., su padre y su hermana son una misma persona. Lo que

es de unos es de otros. Así pasa en las familias unidas, como la de Uds.

Para la joven eran aquellas palabras como puñaladas en el corazón; así, haciendo pucheros y saltándosele las lágrimas, salió bruscamente del estanquillo.

—Tiene Ud. razón, Conchita, murmuró al despedirse, tiene Ud. razón.

Cuando llegó a su casa, se echó a llorar a lágrima viva.

—¿No nos sacamos nada? preguntó Blas

—Nada.

—Te lo había dicho; pero no llores por eso, mujer. ¿Pues qué llegaste a creer que nos íbamos a sacar el premio gordo?

—No lloro por eso, replicó Genoveva con ruidosos sollozos, sino porque este mismo día hubiéramos debido salir de pobres; Dios la había dispuesto así.

—No entiendo.

—El número premiado con los cien mil pesos, fue el 3,312, el tuyo, el que nos cogió Damiana.

—¿Cómo? ¿es cierto? interrogó Blas lívido.

—Es cierto, certísimo; anda, ve la lista, anda para que lo veas.

Carranza por la primera vez de su vida sintió los nervios sacudidos por una profunda indignación. Y vociferó diciendo:

IAS,

ES.

el desarro-
el hombre
e todo. en

URGOT.

ena, triun-

SIMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

que había sido robado, que aquello no podía tolerarse, que apelaría a la justicia y que si los jueces no se la hacían, iba a ponerle fuego al mundo. Pero, después de esa explosión, fue cayendo gradualmente en la apatía propia de su poquedad, pero mayor que la de siempre, considerando que su pobreza le inhabilitaba para valerse de abogados, comprar papel sellado y hacer frente a los gastos de un pleito; y sobre todo, que no tenía pruebas del delito.

—Lo que más siento, acabó por decir con voz desfallecida, es el reloj de mi padre. lo van a rematar en el montepío; me voy a quedar sin él.

Y con las manos hechas puño metidas en los ojos, hizo dúo al llanto de Genoveva, como niño ercido y barbado.

Así fue como quedaron acentuados definitivamente los opuestos destinos de aquellas familias. Porque don Ignacio, económico, buen administrador y listo para los negocios, supo elevar la base de aquellos cien mil pesos, haciendo una vasta fortuna que le ha permitido codearse con los más famosos capitalistas de la metrópoli.

Ahora tiene un hermoso chalet en la Reforma, y se pasea por Chapultepec en lujoso "laudeau" con lacayos de librea, al la-

do de Damiana, fea y vieja, pero elegante, enguantada y resguardándose del sol con ricas sombrillas guarnecidas de blondas de Chantilly.

Entre tanto, Blas, Genoveva y su tier no vástago han ido descendiendo gradualmente, los escalones todos de la miseria, hasta llegar a los más bajos, tristes y lóbregos. Nadie sabe ya de ellos, en su peregrinación dolorosa, han acabado por perderse en la oscuridad y en lo innominado. Inhábiles para resolver los triviales y complicados problemas del alojamiento, la comida y el vestido, sólo Dios sabe si habrán muerto ya, o habrán hallado abrigo en algún asilo de caridad, o si andarán de puerta en puerta cosechando harapos y mendrugos.

Lic. José López Portillo y ROJAS.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

IAS,

ES.

el desarro-
el hombre
e todo. en

URGOT.

ena, trium-

SDON.